

tranquilamente el camino que se le ofrecía y por su afición á los caminos extraviados se hundió en tal cloaca de vicios que fué imposible impedir que se perdiera. Le guardo rencor por eso, miss Maud, por eso solamente, y así pruebo una vez más mi amistad.

— Pero, si está usted aún preocupado por ese muchacho, ¿ por qué no participa de la ereencia de su amigo ? ¿ Por qué no trata de discutir la culpa del condenado ?

— ¡ Ah ! Eso es imposible. Nos estrellaríamos contra la evidencia, dijo Sorege con fuerza. Negar los hechos materiales y reconocidos, probar lo inverosímil, cerrarse á la evidencia, no es empresa para un ser sensato. Se puede gemir, lamentar maldecir, revolverse contra el buen sentido; pero combatir contra la verdad, ¿ para qué ?

— Sorege tiene razón, miss Maud, dijo fríamente Tragomer. Lo comprendo tan bien que mis convicciones son enteramente platónicas. Si hubiera algo que hacer, ya lo hubiera intentado, esté usted segura. Precisamente porque todo lo creo inútil he tomado el partido de viajar para distraerme.

— Puesto que viaja usted, ¿ por qué no va á ver á ese desgraciado ?

Tragomer se estremeció y se preguntó una vez más si la americana estaría de acuerdo con Sorege para hacerle hablar. Pero la audacia misma de la pregunta destruía esa suposición. La joven estaba

sencillamente influida por el genio aventurero de su raza, por el desconocimiento de los obstáculos que caracteriza á las grandes fortunas y por la inconsciencia de las leyes que es propia de la mujer.

— ¿ Ir á Numea ? preguntó Sorege con su voz falsa. ¡ Triste expedición !

— No tendría valor, dijo Tragomer, para ver en la abyección un hombre á quien he conocido bello y brillante. ¡ Cómo estará después de dos años de vida común con aquellos innobles compañeros ! El carácter se rebaja pronto, el cuerpo se gasta y las malas costumbres se apoderan del hombre. El presidio convierte un individuo inteligente y fuerte en un ser envilecido y degradado... Prefiero no ver ese espectáculo que me causaría profunda pena...

— Y, sin embargo, usted le cree inocente y se resigna á pensar que vive en esas miserables condiciones, sin tratar de sacarle de ellas. Va usted á pasearse por el Mediterráneo de modo de poder desembarcar en Cannes ó en Montecarlo, lo que es muy agradable y muy higiénico. Allí no verá usted espectáculos tristes, si trata de no mirar á los tísicos. Me habían dicho que los franceses eran los últimos enamorados de la Quimera y que no se cometía en el mundo una heroica locura sin que tomasen parte en ella. Celebró ver que han adquirido sentido práctico y que antes de tomar una resolución consultan sus intereses. Señor

de Tragomer, buen viaje. Tengo mucho gusto en haber conocido á usted. Probablemente, habrá usted vuelto de su expedición en la primavera; si quiere venir con mi padre y conmigo á la isla de Wight, á donde iremos como todos los años, hará un viaje muy de su agrado, pues se divertirá sin emociones ni disgustos.

Al hablar así miss Maud miraba al joven con una sonrisa violenta que daba á su cara expresión de desdén extraordinario. Sorege intervino con aire paternal.

— ¿Pero hay que estar loco, miss Maud, para agradar á usted? No es justo sermonear á Tragomer por mi causa. ¿Por qué exigirle una sublimidad de que yo no le doy el ejemplo? Esta noche está usted de humor regañón, y en este caso aquí estoy yo para servir de blanco. Pero, por favor, que se salven los transeúntes.

Miss Harvey se echó á reír.

— Después de todo, conde, tiene usted razón, como decía su amigo, y él también la tiene. He hecho mal en ponerme agresiva.

— ¡Los pueblos nuevos! dijo Sorege. Ya pensarán como nosotros, razas cansadas.

La joven ofreció la mano á Tragomer y le dijo con su amabilidad acostumbrada:

— Me he exaltado un poco; espero que me dispondrá usted.

— Con mil amores, dijo el bretón; y con

motivo todavía, puesto que Sorege es el que ha hecho el gasto.

Todos rieron y el mismo Sorege se dignó alegrar un poco su impassible fisonomía.

— Ahora, dijo la americana, no me interesa ya permanecer aquí y me voy.

Hizo una señal á su padre y se alejó seguida de Sorege. Marenval, que acechaba á su compañero hacía largo rato, se acercó entonces y preguntó, no sin inquietud:

— ¿Qué diablos de conferencia han tenido ustedes los tres en ese rincón? Por los ademanes, me parecía que la conversación era grave.

— Y no se engañaba usted. Á poco me ofrece miss Maud llevarme ella misma á la Nueva Caledonia...

— ¡Usted se chancea!

— No, por cierto. Y esto, delante de Sorege. Todavía tiemblo.

— ¿Entonces la hija después del padre? ¡Pero esta familia tiene la manía de pasear á la gente por el mar!

— Me ha hecho sufrir un verdadero interrogatorio á propósito de Jacobo de Freneuse...

— ¡Bah! ¿Para qué?

— Eso quisiera yo saber. He sospechado un instante que Sorege había preparado esta encerrona para cogerme... Pero no; estaba tan violento como yo... Todo ha sido casual... En todo caso pienso,

en un momento dado, sacar partido de la entrevista. Miss Harvéy no permanecería indiferente á nuestros esfuerzos en favor de Freneuse. Si hay necesidad de pedirle su ayuda en una circunstancia decisiva, no la creo mujer de regateárnosla.

— ¿Contra su prometido?

— Hasta contra él.

— ¿Está usted seguro de no haber dejado adivinar nuestros proyectos?

— Completamente. He preferido dejar que esa muchacha se burle de mí. En este momento le inspiró una deplorable opinión. Yo haré que la modifique.

— ¿Se va usted?

— Sí, tengo que terminar aún algunos preparativos y que arreglar algunos negocios.

— ¿Dónde nos veremos mañana?

— Á las tres, en casa de la señora de Freneuse. Quiero tratar de verla y cuento con usted para que me reciba.

— Hasta mañana, pues.

El sombrío hotel de la calle de *Petits-Champs* pareció despertar de su lúgubre silencio cuando el timbre de la puerta resonó, impacientemente movido por Tragomer.

Giraud salió á abrir, sonrió á Marenval y se quedó estupefacto al ver á Tragomer. Su cara volvió á tomar el aspecto taciturno y cuando Marenval le preguntó :

— ¿Están visibles las señoras?

— Para el señor, ciertamente, respondió el criado, pero no sé si el señor de Tragomer...

El acento lléno de censuras de aquella frase interrumpida impresionó profundamente á Tragomer. Desde el primer paso veía exactamente los sentimientos que había para él en aquella casa. ¡Aquel hombre que en la niñez le llevaba á su casa después de jugar con Jacobo, y que le daba paternalmente golosinas y caricias, dudaba si sus señoras querían recibirle! El hotel de los Freneuse aparecía silencioso y desolado, Jacobo no estaba allí ya, el criado se presentaba encorvado, tembloroso y triste, y él volvía á entrar como un extraño en aquella mansión antes abierta y risueña...

— Haga usted el favor, Giraud, de anunciar á las señoras mi venida; voy á esperar en el saloncillo donde...

Al decir estas palabras tan llenas de recuerdos para él, las lágrimas se agolparon á sus ojos.

— ¡Ah! señor Cristián, exclamó el criado conmovido. Nuestro Jacobo no le hará á usted compañía como en otro tiempo... Pero creo que no le ha olvidado usted y que le quiere todavía... ¡Oh! Bien pensaba yo que era imposible que hubiese abandonado á su amigo como los otros...

— No, Giraud, no le he abandonado. Ya tendrá usted la prueba. Pero es importante que hable con la señora de Freneuse. El señor Marenval va á

pedir que me reciba. Condúzcale usted y yo esperaré que me llamen.

Entró en la pieza donde Marenval había interrogado tan largamente á Giraud acerca de Sorege, y el criado y Cipriano se encaminaron al salón en el que aquella madre desconsolada pasaba su existencia sin esperanza. La hija estaba trabajando silenciosamente en el hueco del balcón. Fuera de los detalles corrientes de la vida, las dos mujeres no hablaban nada : estaban tan de acuerdo que no necesitaban palabras para comprenderse.

La puerta se abrió y apareció Marenval detrás de Giraud. La señorita de Freneuse dedicó al recién llegado una amable sonrisa, se levantó y ofreciendo la mano á Cipriano le condujo hasta su madre.

— Había prometido volver muy pronto, queridas primas, dijo el antiguo comerciante, y aquí estoy para traer á ustedes mejores esperanzas que la última vez.

— ¿Ha sabido usted algo favorable á nuestra causa? preguntó turbada la señora de Freneuse.

— Sí, ciertamente, muy favorable... Pero ante todo, no quiero que se me atribuya á mí solo el mérito de lo que se ha logrado. En este asunto he tenido un aliado hábil y perseverante á quien se debe la parte más importante de los resultados obtenidos ;... es Tragomer.

La frente de María se oscureció, pero Marenval no se desconcertó por eso.

— Es indispensable que le vean ustedes. Sólo él podrá darles los importantes datos que posee, pues él es quien los ha obtenido á fuerza de perseverancia y de sagacidad.

La señora de Freneuse miró á su hija para ver cómo acogía esta petición. La joven hizo un movimiento de protesta, palideció y dijo, sin embargo :

— Recíbele, madre mía, si tienes en ello interés. Yo me retiraré.

— ¿No puedes mostrarte menos rigurosa?

— Nunca olvidaré lo que ha hecho, bien lo sabes.

— Sin embargo, si repara su falta y trabaja con nosotros por la rehabilitación de tu hermano...

— Para convencerme necesito algo más que vanas palabras, dijo la joven con amargura.

Llamó y dijo á Giraud, que apareció en la puerta :

— Haga usted subir al señor de Tragomer.

Y sin decir más, pasó por delante de su madre y de Marenval y salió.

— ¡Ese pobre Cristián ! dijo Cipriano á la señora de Freneuse. Cuando usted sepa lo que ha hecho y lo que está dispuesto á hacer, será usted su abogado cerca de María. Es preciso no desanimar á un hombre tan útil. ¡ Diablo ! ¿ Qué sería de nosotros sin él ?

Tragomer entró. Durante un momento permaneció indeciso en la puerta, buscando con la vista

á María, y no vió más que á la señora de Freneuse enlutada y con el cabello blanco. Sus labios se conmovieron, sus ojos se pusieron húmedos y sin poder articular palabra, Cristián fué á arrodillarse con respeto filial ante aquella mártir. La anciana abrió los brazos y ambos confundieron por un instante sus lágrimas. Por fin la señora de Freneuse se separó, enjugó sus ojos y dijo mirando afectuosamente al joven :

— Gracias, Cristián, por haber vuelto. Por unos minutos ha hecho usted resucitar el pasado. Veamos ahora qué ha hecho para que el porvenir sea mejor.

Tragomer se levantó, se apoyó en la chimenea y contestó, dirigiéndose tanto á Marenval como á la madre de Jacobo :

— He adquirido la convicción, más aún, la certeza, de que la mujer por cuya muerte fué condenado Jacobo, vive.

— ¡Lea Peralli! exclamó con estupor la anciana.

— Lea Peralli. Ha habido en este asunto una parte misteriosa que estoy en vías de aclarar y no retrocederé ante nada para conseguirlo. Nuestro amigo Marenval me ayuda valerosamente, animado del mismo deseo y del mismo ardor que yo. Al fin de nuestra empresa está la declaración de inocencia de su hijo de usted. Esto es lo que vamos á tratar de realizar.

— ¿Pero cómo?

— Mañana salimos para un largo viaje por mar. Nos vemos precisados á costear por el Mediterráneo á fin de aparecer en Niza, en Nápoles, en Palermo y en Alejandria, engañando así á los que nos observan. Pero repentinamente cambiaremos de rumbo, pasaremos el canal de Suez, nos lanzaremos á todo vapor en el mar de las Indias y, por Colombo, llegaremos á la Nueva Caledonia. Allí bajaré á tierra, veré á Jacobo y le plantearé las formidables preguntas que deben esclarecer por completo la oscuridad de que tan hábilmente han sido rodeados los pormenores del crimen.

— ¿Van ustedes á verle? exclamó la madre juntando las manos con ademán suplicante. ¡Oh! Lléveme con ustedes.

— No podemos. La presencia de usted á bordo sería una confesión de nuestros proyectos. Por el contrario, es preciso que evide usted de salir alguna vez durante nuestra ausencia, para que todo el mundo sepa que está en París.

— ¡Todo el mundo! ¿Quién tiene interés en vigilarme y en temerles á ustedes?

— El ó los cómplices, ó los culpables mismos, en cuyo lugar sufre y expía Jacobo... Si los ponemos en guardia pueden escaparse. Para apoderarnos de ellos, es preciso que caigamos encima como un rayo...

— ¿Pero yo los conozco? preguntó con angustia la anciana.

— No me pregunte usted, respondió Tragomer; contétese con la esperanza que le doy. Después de haber vivido durante dos años en el aniquilamiento y en el dolor, puede usted volver á la esperanza y á la alegría.

— ¡La alegría! ¡Ay! Nunca la recobraré, aunque vuelva á ver á mi hijo. Estas pruebas rasgan el corazón por toda la vida. Véame usted; estoy encorvada, blanca y arrugada como una octogenaria y no tengo cincuenta años. Ruego al cielo que los que me han proporcionado mi horrible tortura no sufran todo el castigo que merecen...

— ¡Oh! señora, le sufrirán terrible, porque su maquinación tuvo tan buen resultado, que se creen seguros de la impunidad. Ha sido preciso un conjunto de circunstancias increíbles para que yo haya encontrado el primer hecho que me abrió los ojos. De pesquisas en pesquisas, hemos necesitado mucho tiempo y muchos esfuerzos para llegar al punto en que estamos y aún nos queda todo por hacer.

— ¿Pero tienen ustedes, al menos, esperanzas de lograr su empeño? dijo la anciana, espantada por las restricciones de Tragomer.

— Mi querida prima, dijo Marenval, míreme usted bien. Yo no me aventuro con frecuencia y, sobre todo, jamás lo hago á la ligera. Para que un hombre como yo, al fin de su carrera, acomodado, dichoso, libre, rico, y sin otro cuidado que el de

vivir bien, emprenda un asunto como este en que nos hemos comprometido Tragomer y yo, es preciso que esté firmemente seguro del resultado... ¡Sí! Le lograremos.

La señora de Freneuse miró con extrañeza mezclada de asombro á Cipriano y éste añadió con acento de bondad:

— Tragomer me lo ha prometido y tengo confianza en él.

— Pero ¿cómo sabremos lo que suceda?

— Todo lo he previsto. Mi ayuda de cámara recibirá nuestras cartas y se las traerá á ustedes; así estarán al corriente, sin recibir una correspondencia directa. La indiscreción de un empleado ó la charla de un doméstico podrían descubrirnos y echarlo todo á perder.

— ¿Y que haré yo para responder á ustedes?

— Seguirán el mismo camino. Mi ayuda de cámara es un hombre de confianza, como Giraud... Pueden ustedes darle sus cartas y él las dirigirá al capitán de nuestro yate.

— Lo que encargo á ustedes desde ahora, dijo con intensa emoción la anciana, es que abracen á mi desgraciado hijo en mi nombre y le aseguren que mi corazón no ha dudado jamás de él y que mi pena no me ha importado pensando en la suya. Ha cometido muchos errores y muchas faltas, pero está pagando su mala vida con un suplicio que le limpia y le engrandece. Diganle ustedes esto

que le consolará si ha llorado y antes de prometerle la rehabilitación háganle ver que nada es perdido en este mundo, ni aun el dolor...

— Realizaré sus deseos, señora, dijo gravemente Tragomer; pero si usted piensa que se puede expiar cualquier error, dignese ser indulgente con los que yo he cometido. ¿No querrá usted abogar por mí con la señorita de Freneuse? Sería muy dulce para mí decirle adiós antes de marchar. Si sigue inexorable por lo que á ella concierne, acaso quiera animarme por cariño á su hermano. No pido ningún perdón, ninguna esperanza. Un sencillo deseo de buen éxito y si no vuelvo, una oración.

La señora de Freneuse se levantó, pasó á la pieza contigua, donde estuvo un instante, y volvió á aparecer seguida de su hija. Las dos mujeres estaban pálidas y con los ojos llenos de lágrimas. María se adelantó hacia su antiguo prometido y dijo con voz segura :

— Ha pedido usted verme, señor de Tragomer, antes de partir. Sé que va usted á intentar la salvación de mi hermano y no puedo oponerme á ese deseo. Aquí estoy.

Tragomer permaneció delante de ella turbado, temblando y desgraciado. Quiso hablar, pero había prometido callarse. Su justificación le subía á los labios y su corazón estaba lleno de pena viendo después de dos años, adelgazada y abatida por el

dolor, á la que había conocido risueña, y dichosa. Le parecía más hermosa en el dolor que en la alegría. Su cara había tomado un carácter de nobleza y de altivez en vez de su antigua expresión de discuido y de candor. Se adelantó hacia ella y dijo con dulzura :

— María...

La joven se estremeció ante los recuerdos que evocaba en su mente aquel nombre pronunciado por su antiguo prometido. Todo el pasado desfiló por sus ojos. Vió la casa alegre y animada, á su madre dichosa, á su hermano mimado á pesar de sus locuras, y á ella sonriente ante un porvenir de felicidad.

Ante ese cuadro tan dulce de la antigua vida, acabada para siempre, la joven no pudo contener su emoción y llevándose las manos á la cara rompió en sollozos. Tragomer, entonces, sin poder contenerse dijo con vehemencia apasionada :

— Esas lágrimas, María, me afligen y me encantan á la vez, porque indican que no lo ha olvidado usted todo y que su corazón no está cerrado para siempre. ¡ Oh ! sí, se abrirá de nuevo para mí, lo sé, y me perdonará. Tanto haré que olvidará usted su justo resentimiento. Si hubiera partido sin ver á usted, creo que mi empeño hubiera fracasado. Ahora que ya no tengo ninguna inquietud, estoy seguro de triunfar. Sepa, pues, que por usted haré todo lo que he pensado y entonces, com-

parando mis errores con la reparación conseguida, llegará un día en que usted me perdone.

María se levantó tranquila, fuerte, decidida, y mostrando á Cristián su hermosa cara transfigurada por la esperanza, pronunció estas palabras :

— ¡Logre usted su empeño!...

Tragomer lanzó un grito de júbilo y viendo la mano de María que caía con descuido por encima de su falda, la cogió arrodillándose é imprimió en ella respetuosamente sus labios. Después se inclinó ante la señora de Freneuse y dijo :

— ¡Vamos, Marenval; ahora partamos.

— ¡Partamos! repitió Cipriano con energía.

Y abrazando calurosamente á las dos mujeres, siguió á Tragomer.

SEGUNDA PARTE

VI

La chalupa de vapor se detuvo al pie de la escalera del muelle y un sargento de infantería de marina tiró con un gancho de la embarcación para facilitar el desembarque del pasajero. Éste se levantó de la popa, donde estaba sentado al lado del timonel y dijo en inglés :

— Esperadme aquí hasta que vuelva. Acaso tardaré largo tiempo; que ni un solo hombre baje á tierra.

— Muy bien, master Cristián.

Tragomer vestido de tela blanca y llevando en la cabeza el casco colonial de corcho, saltó con ligereza á las losas mojadas de la escalera y subió al muelle. Una bandada de canacos vestidos de sórdidos oropeles se agolpó delante del viajero. El sargento exclamó rudamente.